

la densa poblacion de ese pueblo, que practicaba ferozmente una religion que participaba de la de Mahoma, Jesucristo y Júpiter; en la ciudad monstruosa de Cambalusa, habitada por cinco mil astrólogos y defendida por una innumerable caballería, se entreveía, en medio de los rayos y de los vientos, sentado con las piernas cruzadas sobre un tapiz circular de fieltro negro, al gran khan de Tartaria, que repetía por intervalos con aire terrible estas palabras, grabadas en su sello: *Dios en el cielo, el gran khan en la tierra.*

Los ociosos parisienses refieren del khan, como del knez, cosas maravillosas. El imperio del khan de los tártaros habia sido fundado, segun se decia, por el mariscal Canguiste, que hoy lo llamamos Gengis-khan. La autoridad de este mariscal era tal, que fué obedecido un dia por siete príncipes, á los cuales habia mandado matar á sus hijos. Sus sucesores no eran de menos significacion que él. El nombre del gran khan reinante estaba escrito en el frontis de todos los templos con letras de oro, y el último de los títulos de este príncipe era *alma de Dios*. Participaba con el gran knez el mando supremo de las hordas. Un dia, sabiendo por los astrólogos que Cambalusa debia insurreccionarse, Cublai-khan mandó hacer otra al lado, que llamó Taïdu. Esto explica lo que era el gran khan.

En el siglo diez y siete, no olvidemos que de esto no hace más que doscientos años, habia fuera de Europa, al Norte y al Oriente, una série fantástica de príncipes prodigiosos é increíbles, escalonados en la sombra; espejismo extraño, fascinacion de los poetas y de los aventureros, que en el siglo trece habia hecho soñar al Dante y partir á Marco-Polo. Cuando se marchaba hácia esos príncipes, parecían retroceder en las tinieblas; pero al buscar su imperio, se encontraba tan pronto un mundo, como Colon; tan pronto una epopeya, como Camöens. En la frontera septentrional de Europa, la primera de estas figuras extraordinarias, la más cercana y la menos conocida, era el gran duque de Lithuania; la segunda, que aun se distingue, era el gran knez de Moscovia; la tercera, ya confusa, era el gran khan de Tartaria; y por encima de esas tres visiones, el gran sherif en su trono de plata; el gran sofí en su trono de oro; el gran zamorin en su trono de bronce; el gran mogol rodeado de elefantes y de cañones, el cetro extendido

sobre cuarenta y siete reinos; el gran lama, el gran cathay, el gran daïr, cada vez más vagos, cada vez más extraños, cada vez más enormes, iban perdiéndose los unos detrás de los otros en las brumas profundas del Asia.

II.

Salvo algunos detalles, que vendrán oportunamente y que no descomponen en nada este conjunto, tal era el estado de Europa en la época que hemos indicado. Como hemos podido reconocer, el dedo divino, que conduce las generaciones de progreso en progreso, estaba entonces en todas partes visible en la disposicion interior y exterior de los elementos que la constituian, y esta colmena de reinos y naciones estaba admirablemente construida para que ya las ideas pudiesen ir y venir á su placer y formasen en la sombra la civilizacion.

Fijándose tan solo en el conjunto y admitiendo las restricciones que á todos son conocidas, este trabajo, que es la verdadera cuestion del género humano, se hacia al principio del siglo diez y siete en Europa, más que en ninguna otra parte del mundo. En este tiempo en que vivian, respirando el mismo aire, y por consecuencia sin apercibirse de ello, el mismo pensamiento, vigorizándose por la observación de los mismos acontecimientos, Galileo, Grocio, Descartes, Gassendi, Harvey, Lope de Vega, Guido, Poussin, Ribera, Van Dyck, Rubens, Guillermo de Orange, Gustavo Adolfo, Walstein, el jóven Richelieu, el jóven Rembrandt, el jóven Salvator Rosa, el jóven Milton, el jóven Corneille y el viejo Shakespeare, cada rey, cada pueblo, cada hombre, por la indeclinable pendiente que tienen las cosas, convergian al mismo objeto, que es aun hoy el fin á que tienden las generaciones, el mejoramiento general de todo para todos, es decir, la civilizacion misma. Europa, insistamos en este punto, era lo que es todavía, un gran taller donde se elaboraba en comun esta grande obra.

Dos solos intereses, separados por un objeto egoista de la actividad universal, espian sin cesar para elegir el momento oportuno el vasto taller europeo, el uno procediendo por la invasion y el otro por la usurpacion; uno ruidoso y terrible en su marcha, rompiendo de tiempo en tiempo las barreras y abriendo brecha en la muralla; otro hábil, diestro y político, deslizándose por toda puerta entreabier-

ta, los dos ganando continuamente terreno, turbaban, oprimian y amenazaban entonces Europa. Estos dos intereses, enemigos además, se personificaban en dos imperios, y estos dos imperios eran dos colosos.

El primero de esos dos colosos, que habia tomado posicion en un lado del continente, en el fondo del Mediterráneo, representaba el espíritu de la guerra, de la violencia y de la conquista; la barbarie. El segundo, situado al otro lado, en el umbral del mismo mar, representaba el espíritu de comercio, de intriga, de invasion; la corrupcion. Hé aquí, pues, los dos enemigos naturales de la civilizacion.

El primero de estos dos colosos se apoyaba poderosamente en Africa y en Asia. En Africa tenia Argel, Túnez, Trípoli de Berbería y el Egipto entero de Alejandria á Syena, es decir, toda la costa desde el Peñon de Velez hasta el istmo de Suez; de allí se internaba en la Arabia Troglodita, desde Suez por el mar Rojo hasta Suakem.

Poseia tres de las cinco partes en que Ptolomeo dividió el Asia: la primera, la cuarta y la quinta.

Poseer la primera era tener el Ponto, la Bithinia, la Frigia, la Licia, la Paflagonia, la Galatia, la Pamfilia, la Capadocia, la Armenia Menor, la Caramania, es decir, todo el trapecio de Ptolomeo desde Alejandria hasta Trebisonda.

Poseer la cuarta era tener Chipre, Siria, Palestina, toda la ribera desde Firamidis hasta Alejandria, la Arabia Desierta, la Arabia Petrea, la Mesopotamia y Babilonia, que entonces se llamaba Bagadet.

Poseer la quinta era tener todo lo que está comprendido entre dos líneas, de las cuales sube una de Trebisonda al Norte hasta la Hermanassa de Ptolomeo y hasta el Bósforo Cimeriano, que los italianos llamaban Boca de San Juan, y la otra, pellizcando la Arabia Feliz, vá de Suez á la embocadura del Tigris.

Además de estas tres inmensas regiones, poseia la grande Armenia y todo lo que Ptolomeo pone en la tercera division del Asia hasta los confines de la Persia y de la Tartaria.

Así que sus dominios en el Asia tocaban por el Norte con el Archipiélago, el mar de Mármara, el mar Negro, el Palus-Méotide y la Sarmacia asiática; al Este con el mar Caspio, el Tigris y el golfo Pérsico, que se llamaba mar de El-

calif; al Oeste con el golfo Arábigo, que es el mar Rojo, y al Sur con el Océano Indico.

En Europa tenia el Adriático á partir del Knin, por encima de Ragusa, el Archipiélago, la Propontide, el mar Negro hasta Caffa, en Crimea, que es la antigua Teodosia; la alta Hungría hasta Buda; la Tracia, hoy la Rumelia; toda la Grecia, es decir, la Thesalia, la Macedonia, el Epiro, la Acaya y la Morea, casi toda la Iliria, la Dalmacia, la Bosnia, la Sérvia, la Dacia y la Bulgaria; la Moldavia, la Valaquia y la Transilvania, cuyas tres vaivodias eran suyas, y todo el curso del Danubio desde Watzen hasta su embocadura.

Poseia en riberas de mar once mil doscientas ochenta millas de Italia, y en superficie de tierra un millon doscientas tres mil doscientas diez y nueve millas cuadradas.

Imagínese ese gigante de novecientas leguas de cruzámen y de mil cien leguas de longitud acostado sobre el vientre á través del viejo mundo, el talón izquierdo apoyado en Africa, la rodilla derecha en Asia, un codo en Grecia, otro codo en la Tracia, la sombra de su cabeza en el Adriático, Austria, Hungría y la Podolia, mostrando su faz monstruosa tan pronto en Venecia, tan pronto en Polonia, tan pronto en Alemania, y mirando á Europa.

El otro coloso tenía por base de su poder, bajo el más hermoso cielo del mundo, una península bañada al Este por el Mediterráneo, al Oeste por el Océano, separada del Africa por un estrecho brazo de mar y de Europa por una alta cadena de montañas. Esta península contenía diez y ocho reinos, á los cuales imprimía su unidad.

Tenia Serpa y Tánger, que son los cerrojos del Estrecho de Gibraltar, y segun que le acomodaba cerrarlos ó abrirlos, hacia del Mediterráneo un mar ó un lago. De su península esparcía sus flotas en ese mar por veintiocho grandes puertos metropolitanos; en el Océano tenía treinta y siete.

En Africa poseia el Peñon de Velez, Melilla, Orán, Marzarcabid, que es el mejor puerto comercial del Mediterráneo, Mazagan y toda la costa desde el cabo de Aguirre hasta el cabo Gardofú; en América una gran parte de la península septentrional, la costa desde la Florida, la Nueva España, el Yucatán, Méjico y el cabo de California, Chile, Perú, Brasil, el Paraguay y toda la

península meridional hasta los Patagones; en Asia Ormuz, Diu, Goa, Malaca, que son las cuatro plazas más fuertes de la costa; Daman, Bazin, Zanaa, Ciaul, el puerto de Colombar; los reinos de Camanor, de Cochin y de Colan, con sus fortalezas, y excepto Calicut, toda la ribera del Océano de las Indias, de Daman y Melipour.

Tenia en el mar y en todos los mares las tres islas Baleares, las doce islas Canarias, las Azores, Santo Puerto, Madeira, las siete islas del Cabo Verde, San-Thomas, la Isla-Dieu, Mozambique, la gran isla de Baaren, la isla de Manar, la isla de Ceilan; cuarenta de las islas Filipinas, de las cuales la principal, Luzon, tiene de larga doscientas leguas; Puerto-Rico, Cuba, Santo Domingo; las cuatrocientas islas Lucayas y las islas del mar del Norte, cuyo número se ignoraba.

Era tener suyo todo el mar, con toda la América, y en Africa y en Asia poco más ó menos todo lo que el otro coloso no poseía.

En Europa, además de su vasta península, centro todo de su poder y de su brillo, tenía la Cerdeña y la Sicilia, que son reinos demasiado importantes para que se cuenten como islas. Tenía la Italia por los dos extremos, por el reino de Nápoles y por el ducado de Milán, que ambos eran suyos. Cuanto á Francia, la asía quizá aun más estrechamente, pues los tres Estados que tenía en sus fronteras, trazando una especie de semicírculo, el Rosellon, el Franco-Condado y Flandes, eran como un brazo pasado alrededor de ella.

El primero de estos dos colosos era Turquía; el segundo España.

III.

Estos dos imperios inspiraban á Europa, el uno profundo terror y el otro profunda desconfianza.

Turquía era el espíritu del Asia que se esparcía por Europa; España era el espíritu del Africa.

El islamismo, representado por Mahomet II, había salvado atrevidamente el antiguo paso del Buey, Bos-Poros, y había enarbolado insolentemente su cola de caballo atada á una pica en la ciudad que tiene siete colinas como Roma, y que ha tenido iglesias cuando Roma no tenía todavía más que templos.

Desde el fatal año de 1453, Turquía, como lo hemos dicho más arriba, repre-

sentaba en Europa la barbarie. En efecto, todo cuanto tocaba perdía en pocos años la forma de la civilización. Con los turcos, y al mismo tiempo que ellos, el incendio inextinguible y la peste perpétua se habían instalado en Constantinopla. Por encima de esta ciudad, que había dominado tanto tiempo la cruz luminosa de Constantino, flotaba entonces á todas horas, ó un torbellino de llamas ó una bandera negra.

Una de esas casualidades misteriosas, en que el alma cree ver claramente escritos los designios directos de la Providencia, había dado como presa á ese temible pueblo la metrópoli misma de la sociabilidad humana, la patria del pensamiento, la tierra de la poesía, de la filosofía y del arte; Grecia. En el mismo instante que tuvo el contacto con los turcos, Grecia, hija de Egipto y madre de Italia, Grecia se volvió bárbara. No sé qué lepra desfiguró su pueblo, su suelo, sus monumentos y hasta su admirable idioma. Un sin fin de consonantes difíciles y de sílabas imposibles de pronunciar creció, como la vegetación de espinas y malezas que obstruye las ruinas, sobre sus palabras más dulces, más sonoras, más armoniosas y mejor pronunciadas por los poetas. El griego, al pasar por la boca de los turcos, se convertía en *patois*. Los vocablos turcos, cieno de todos los idiomas del Asia, turbaron para siempre, precipitándose confusamente, esa lengua tan transparente, tan pura y tan espléndida; lengua de cristal, de donde salió una poesía de diamante. Los nombres de las ciudades griegas se corrompieron y quedaron horriblos. Las comarcas vecinas, en las cuales Hellé resplandecía en otro tiempo, sufrieron la misma corrupción: Argos se cambió en Filoquia, Delos en Dili, Didymo-Tychos en Dimotuc, Tzorolus en Tchourli, Zefirium en Zafra, Sagalesus en Sadjaklu, Nyssa en Nous-Shehr, Moryssus en Moucious, Cibistra en Buserch, el río Achelüs en Aspro-Potanos y el río Poretus en Pruth. No es con el sentimiento doloroso que inspiran la degradación y la parodia cómo se reconoce en Stan-Ko, Cos, patria de Apeles y de Hipócrates; en Fionda, Phaselis, donde Alejandro se vió obligado á poner un pié en el mar, tan estrecho era el paso de China; en Hesén-Now, Novus, donde estaba el tesoro de Mitrídates; en Skipsillar, Scepta-Hyla, donde Tucídides tenía minas de oro y escribía su historia; en Temeswar, Tomi, donde fué desterrado

Ovidio; en Kokso, Coutousos, donde fué desterrado San Crisóstomo; en Giustendil, Justiniana, cuna de Justiniano; en Salenti, Trajanópolis, tumba de Trajano. El Olimpo, la Osa, el Pelion y el Pindo se llamaban el bajalato de Janina; un bajá tendido en una piel de tigre fruncía las cejas en la misma montaña que Júpiter. La amarga irrisión que parecía escaparse de las palabras se escapaba también de las cosas: la Etolia, esa antigua República tan poderosa y tan altiva, formaba el Despotado. Respecto al valle de Tempé, *frigida Tempe*, transformado en salvaje é inaccesible con el nombre de Lycostomo, saturado en adelante de odios, rémoras y oscuridad, se había metamorfosado en Valle de los Lobos.

La idea terrible que despierta la barbarie hecha nación, teniendo flotas y ejércitos, se encarnaba viviente y completa en el sultan de los turcos. Europa apenas se atrevía á mirar de lejos á ese príncipe temible. Las riquezas del sultan, del Turco, como se le llamaba, eran fabulosas; su renta escedia de quince millones de oro. La sultana, hermana de Selim, tenía dos mil quinientos zequíes de oro de renta diaria. El turco era el príncipe que tenía más caballería. Sin contar su guardia imperial, los catorce mil genizaros que constituían la infantería, sostenía constantemente á su alrededor en pié de guerra cincuenta mil spahis y ciento cincuenta mil timariotas, lo que hacía un contingente de doscientos mil caballos. Sus galeras eran innumerables. Al año siguiente de efectuarse la batalla de Lepanto, la flota otomana tenía aun á raya á todas las marinas de la cristiandad reunidas. Tenía una artillería tan numerosa, que á creer en los dichos del pueblo, el aire que producía el estampido de sus cañones conmovía las murallas de las ciudades. Recuérdase con espanto que en el sitio de Constantinopla, Mahomet II hizo construir un mortero monstruoso de mampostería rodeado de círculos de hierro, que lo hacían maniobrar colocándolo sobre rodillos, que dos mil yuntas de bueyes apenas podían arrastrar, y que, inclinando su boca sobre la ciudad, vomitaba en ella noche y día torrentes de betún y bloques de rocas. Los demás príncipes, con sus máquinas y sus bombardas, eran poca cosa al lado de esos salvajes sultanes que vertían de aquella manera volcanes sobre las ciudades. El poder del turco era tan desmesurado y sabía tan bien hacer frente á todas par-

tes, que, á la vez que guerreaba con Europa, Soliman le arrebató á Persia el Diarbekir y Amurat la Media; Selim conquistó á los mamelucos Egipto y Siria, y Amurat III exterminó á los georgianos aliados con el soffi. El sultan solo ponía en comunicación con los reyes de la cristiandad la puerta de su palacio. Fechaba desde su estribo imperial las cartas que les escribía, ó mejor dicho, las órdenes que les daba. Cuando se encolerizaba rompía los dientes á sus embajadores á puñetazos dados por el verdugo. Para los mismos turcos, la aparición del sultan producía una impresión de espanto. Los nombres que le daban expresan el terror de que estaban poseidos: le llamaban el *hijo del esclavo*; á su palacio de verano le daban el nombre de la *casa del asesino*, y le anunciaban á las otras naciones con glorificaciones siniestras. *Por donde su caballo pasa, decían, no vuelve á crecer la yerba.*

El rey de las Españas y de las Indias, especie de sultan católico, era más rico él solo que todos los príncipes de la cristiandad juntos. No contando más que su renta ordinaria, sacaba todos los años de Italia y de Sicilia cuatro millones de oro, dos de Portugal, catorce de España y treinta de América. Las diez y siete provincias de los Países-Bajos, que comprendían entonces Artois, Cambresis y las Ardenas, pagaban anualmente al rey católico una renta ordinaria de tres millones de oro. Milán era una rica presa, codiciada por todos y por consecuencia mala de guardar. Necesitaba vigilar Venecia, vecina celosa; cubrir de tropas la frontera de Saboya para atajar al duque, *que se arrojaba á lo imprevisto*, como decía Sully; astillar el fuerte de Fuentes para hacerse respetar de los suizos y los griñones; montar y reparar las mejores ciudades del país, sobre todo Novara, Pavía, Cremona, *que tiene*, como escribía Montluc, *un castillo fuerte todo lo que puede ser, y que se coloca entre las maravillas de Europa*. Como la ciudad era revoltosa, había precisión de mantener una guarnición española de seiscientos soldados de artillería, mil de caballería ligera, tres mil de infantería, y tener en buenas condiciones el castillo de Milán, en el cual se trabajaba sin cesar. Milán, como se vé, costaba muy caro; sin embargo, pagados todos los gastos, el Milanésado producía todos los años á España ochocientos mil ducados. Las fracciones más pequeñas de esta enorme monarquía daban su óbolo; las islas Baleares entregaban to-

dos los años cincuenta mil escudos. Todo esto, repetimos, no era más que la renta ordinaria. La extraordinaria era incalculable. Tan solo el producto de la cruzada valía la renta de un reino; con los subsidios de la Iglesia únicamente sostenía el rey constantemente cien magníficas galeras. Añadid á esto la venta de las encomiendas, la caducidad de los empleos y de los bienes, las alcabalas, las confiscaciones y las donaciones gratuitas de los pueblos y de los feudatarios. Cada tres años el reino de Nápoles daba un millon doscientos mil escudos de oro, y en 1615 Castilla ofrecía al rey, que se dignaba aceptarlos, cuatro millones de oro pagables en cuatro años.

Esta riqueza representaba poder. Lo que el sultan era por la caballería, el rey de España lo era por la infantería. En Europa se decía: *caballería turca, infantería española*. Ser grave como un hidalgo, diligente como un miguelete, sólido á los choques de los escuadrones, imperturbable al fuego de la mosquetería, conocer su ventaja y su desventaja en la guerra, conducir silenciosamente su furia, seguir al capitán, permanecer en la línea, no desordenarse nunca, no olvidar nada, no disputar jamás, servirse de todo, soportar el frío, el calor, el hambre, la sed, el malestar, la pena y la fatiga, marchar como los otros combaten, combatir como los otros marchan, hacer de la paciencia el fondo de todo y del valor el arroyo de la paciencia; estas eran las cualidades que adornaban al soldado de infantería español. Este era el soldado castellano que había rechazado á los moros, abordado el Africa, domado la costa, sometido la Etiopia y la Cafrería, apoderándose de Malaca y las islas Molucas y conquistado las viejas Indias y el Nuevo-Mundo. ¡Admirable infantería, que no se quebrantó más que el día que chocó con el gran Condé! Después de la infantería española seguía, por orden de excelencia, la infantería walona, y la infantería walona era también del rey de España. Su caballería, que no cedía en nada á la turca, era la mejor montada que había en Europa, pues tenía los alazanes de España, los corceles de Regno y los caballos de Borgoña y de Flandes. Los arsenales del rey Católico rebosaban de municiones de guerra. Solamente las tres armerías de Lisboa tenían almacenados coseletes para quince mil hombres de infantería y corazas para diez mil hombres de caballería. Sus fortalezas eran innumerables; las tenía

en todas partes, y especialmente diez de entre ellas, Collioure, Perpignan y Salzes al Mediodía, al Norte Gravelines, Dunkerque, Hesdin, Arras, Valencienes, Philippeville y Marienbourg, hacían brecha á la Francia de hoy.

El mayor poder de España, tan poderosa por sus fortalezas, su caballería y su infantería, no era ni su infantería, ni su caballería, ni sus fortalezas; era su flota. El rey Católico, que tenía los mejores soldados de Europa, tenía también los mejores soldados de mar. Ningun pueblo de los que se dedican á la navegación igualaba en esta época á los catalanes, vizcainos, portugueses y genoveses. Sevilla, que se contaba entonces entre las principales ciudades marítimas de Europa, aunque situada algo tierra adentro, y era punto donde hacían escala todas las flotas de Méjico y del Perú, era un plantel de marineros.

Para formarnos una idea completa de la importancia que tenía entonces España como potencia marítima, hemos querido saber al dedillo lo que fué la armada invencible de Felipe II, tan famosa y tan poco conocida, como tantas cosas famosas. La historia habla de ella y se extasía en su recuerdo; pero la historia, que aborrece el detalle, en lo cual hace muy mal, no cita ninguna cifra. Estas cifras nosotros las hemos buscado en la sombra donde la historia las había dejado caer, y nos ha costado gran trabajo hallarlas; hélas aquí. A nuestro juicio no hay nada más instructivo ni más curioso.

Era el año de 1588. El rey de España quiso acabar de una vez con los ingleses, que ya molestaban é inquietaban al coloso, y armó una flota. Esta flota se componía de veinticinco buques de alto bordo de Sevilla, veinticinco de Vizcaya, cincuenta embarcaciones menores de Cataluña y de Valencia, cincuenta barcas de la costa de España, veinte chalupas de los cuatro pueblos de la costa de Guipúzcoa, cien urcas de Portugal, catorce galeras y cuatro galeazas de Nápoles, doce galeras de Sicilia, veinte galeras de España y treinta urcas de Alemania; total, trescientas cincuenta velas, gobernadas por nueve mil marinos.

No se puede apreciar exactamente esta escuadra sin tener presente lo que era entonces una galera. Una galera representaba una suma considerable. Toda la costa septentrional del Africa, exceptuando Argel y Trípoli, no producían al

sultan lo necesario para construir y mantener dos galeras.

El abastecimiento de boca de la armada fué inmenso. Hé aquí la cifra, por cierto muy singular y muy exacta: ciento sesenta y siete mil quinientos quintales de galleta, suministrados por Murcia, Búrgos, Campos, Sicilia, Nápoles y las islas; once mil quintales de carne salada, suministrados por Extremadura, Galicia y Astúrias; once mil quintales de tocino, suministrados por Sevilla, Ronda y Vizcaya; veintitres mil barriles de pescado salado, suministrados por Cádiz y los Algarbes; veintiocho mil quintales de queso, suministrados por Mallorca, Sene-gallo y Portugal; catorce mil quintales de arroz, suministrados por Génova y Valencia; veintitres mil pesos de aceite y vinagre, suministrados por Andalucía; el peso valía veinticinco libras; veintiseis mil fanegas de habas, suministradas por Cartagena y Sicilia; veintiseis mil pipas de vino, suministradas por Málaga, Marsella, Jerez y Sevilla. Las provisiones de trigo, hierro y telas procedían de Andalucía, Nápoles y Vizcaya. El total se ignora.

Esta flota conducía un ejército de veinticinco mil españoles, cinco mil sacados de los regimientos de Italia, seis mil de Canarias, Indias y guarniciones de Portugal, y el resto de levas; doce mil italianos mandados por diez maestros de campo, veinticinco mil alemanes, mil doscientos soldados de caballería ligera de Castilla, doscientos de las costas y doscientos de la frontera; es decir, mil seiscientos de caballería, tres mil ochocientos de artillería y cuatrocientos gastadores; lo que, comprendiendo entre ellos nueve mil marinos, hacía un efectivo de setenta y seis mil ochocientos hombres.

Esa monstruosa armada hubiese aplastado á Inglaterra. Una racha de viento se la llevó.

Esa racha de viento que sopló en la noche del 2 de Setiembre de 1588 cambió la faz del mundo.

Además de sus fuerzas visibles, España tenía sus fuerzas ocultas. A la verdad, su superficie era grande, pero su profundidad era inmensa. Debajo de tierra había hecho por todas partes galerías, trabajos de zapa, minas y contraminas, hilos encubiertos, ramificaciones desconocidas y raíces inesperadas. Más tarde, cuando Richelieu comenzó á cavar en el viejo suelo europeo, se sorprendió al ver rebotar su piqueta y encontrarse siempre con España. Lo que se

veía de ella á la luz del día se perdía de vista; lo que no se veía penetraba aun más. Podía decirse que en los negocios del universo en esta época había aun más España por debajo que por arriba.

Ella tenía á los príncipes de Italia por los matrimonios: *Austria, nube*; á las repúblicas mercantiles por el comercio; al Papa por la religion, por no sé qué de más católico que la misma Roma; al mundo entero por el oro, del cual tenía la llave. América era el arca de hierro; España era el cajero. Como casa de Austria, dominaba pomposamente la Alemania y la amenazaba sordamente. Alemania, en los mil años de su historia moderna, ha sido poseída una vez por el génio de la Francia en tiempo de Carlo-Magno, y una vez por el génio de España en tiempo de Carlos V. Solo al morir Carlos V aflojó los lazos que la unían á España.

Como se vé, España tenía alguna cosa más poderosa todavía que su poder, y era su política. El poder es el brazo, la política es la mano.

Así se explica que Europa no reposase á su gusto entre esos dos imperios gigantes, que pesaban sobre ella con el peso de dos mundos. Comprimida por España en el Occidente y por Turquía en el Oriente, cada día parecía encogerse; y la frontera europea, lentamente rechazada, retrocedía hácia el centro. La mitad de la Polonia y la mitad de la Hungría ya estaban invadidas, y apenas si Varsovia y Buda estaban fuera de los alcances de la barbarie. La órden mediterránea de San Juan de Jerusalem había sido empujada en tiempo de Carlos V de Rodas á Malta. Génova, cuyo dominio se extendía en otro tiempo hasta el Tanaís; Génova, que antiguamente poseía Chipre, Lesbos, Chio, Pera y un pedazo de la Tracia, y á la que el emperador de Oriente regaló Mitilene, abandonó sucesivamente ante los turcos posición tras posición, y se veía ahora acorralada en Córcega.

Europa resistía, sin embargo, á los dos Estados invasores. Blandía contra ellos todas sus fuerzas, para emplear la enérgica lengua de Sull y de Mathieu. Francia, Inglaterra y Holanda se mantenían firmes contra España; el Sacro-Imperio, ayudado por Polonia, Hungría, Venecia, Roma y Malta, luchaba contra los turcos.

El rey de Polonia era pobre, aunque fuese más rico que si hubiese sido rey de uno de los tres reinos de Escocia, Cerdeña ó Navarra, los cuales solo reunían cien

mil escudos de renta, mientras que él tenía seiscientos mil escudos por año y lo que la Lituania le costeaba. Con excepción de algunos regimientos suizos ó alemanes, no sostenía ninguna infantería; pero su caballería, formada de cien mil combatientes polacos y de setenta mil lituanos, era excelente. Esta caballería, protegiendo una vasta frontera, tenía de eficaz para defender contra las hordas del sultan el inmenso y atemorizado rebaño de naciones civilizadas, que estaba organizada á la turca, y que, salvaje, feroz y violenta en su marcha, se parecía á la caballería otomana como el perro-lobo se parece al lobo. El emperador cubría el resto de la frontera de Knin, en el Adriático, á Szolnock, cerca del Danubio, con veinte mil lansquenets, gasto insuficiente en tiempo de guerra, que agobiaba al imperio en tiempo de paz. Venecia y Malta cubrían el mar.

No mencionamos á Génova más que de paso. Génova, demasiadas veces humillada, vigilaba su ribera con cuatro galeras; dejaba pudrir veinticinco en su arsenal, se arriesgaba poco por fuera y se abrigaba á la sombra del rey de España.

Malta tenía tres corazas, sus fortalezas, sus buques y el valor de sus caballeros. Estos bravos hidalgos, sometidos en Malta á reglas suntuarias, de tal modo severas, que el más calificado entre ellos no podía mandarse hacer un vestido nuevo sin el permiso del baile pañero, se vengaban de estas contrariedades con un desencadenamiento de bravura inaudito, y, ovejas en la isla, se convertían leones en el mar. Una galera de Malta, que nunca llevaba más de diez y seis cañones y quinientos combatientes, atacaba sin vacilar tres galeones turcos.

Venecia, opulenta y atrevida, apoyada en siete ciudades fuertes que tenía en la Lombardía y en la Marca, dueña del Frioul y de la Istria, árbitra del Adriático, cuya custodia le costaba cinco mil ducados al año; bloqueando á los uscoques con cinco fustas siempre armadas, bravamente instalada en Corfú, en Zante, en Cefalonia y en todas las islas de la costa desde Zara hasta Cérigo; sosteniendo perpétuamente en pié de guerra veinticinco mil cernides, treinta y cinco mil lansquenets, suizos y grisonos, mil quinientas lanzas, mil soldados lombardos de caballería ligera y tres mil stradiotas dálmatas; Venecia oponía resueltamente obstáculos al sultan. Aun

cuando perdió Andro y Paros, que tenía en el Archipiélago, conservó Candia; y allí, de pié en esa magnífica barrera natural que tapa el mar Egeo, cerrando á los turcos la salida del Archipiélago y la entrada del Mediterráneo, tuvo en jaque á la barbarie.

El servicio de mar en Venecia implicaba nobleza. Todos los capitanes y cómitres de los buques eran nobles venecianos. La República tenía siempre en la mar cuarenta galeras, y de ellas veinte de alto bordo. En su admirable arsenal, único en el mundo, tenía doscientas galeras, obreros capaces de poner fuera del puerto treinta buques en diez días, y un armamento bastante para todas las marinas de la tierra.

La Santa Sede era un gran apoyo. Nada hay más curioso que investigar hoy qué príncipe temporal, qué poder político y militar había entonces en el Papa, colocado tan alto como príncipe espiritual. Roma, que tuvo en otro tiempo cincuenta millas de circuito, no tenía ya más que diez y seis; sus puertas, divididas antiguamente en catorce regiones, habían quedado reducidas á trece; había sufrido siete grandes saqueos históricos; pero, aunque violada, había permanecido santa; aunque desmantelada, había quedado fuerte. *Roma*, si se nos permite recordar lo que hemos dicho en otra ocasión, *será siempre Roma*. El Papa tenía una de las fronteras de Italia, Ancona, y uno de los cuatro ducados lombardos, Spoleto; poseía Ancona, Comachio y las bocas del Pó en el golfo de Venecia; Civita-Vecchia en el mar Tirreno. El Estado de la Iglesia comprendía la campiña de Roma y el patrimonio de San Pedro, la Sabina, la Umbría, es decir, toda la sombra del Apenino, la frontera de Ancona, la Romanía, el ducado de Ferrara, la comarca de Perusa, el Bolonesado y un poco de Toscana; una ciudad de primer orden, Roma; una de segundo, Bolonia; ocho de tercero, Ferrara, Perusa, Ascoli, Ancona, Forli, Rávena, Fermo y Viterbo; cuarenta y cinco plazas de todas clases, entre las cuales se contaban Rímimi, Cesana, Faenza y Spoleto; cincuenta obispados y millon y medio de habitantes. Por otra parte, el Santo Padre poseía en Francia el condado Venaisin, que tenía por corazon el formidable palacio-fortaleza de Avignon. El Estado romano, visto en un mapa, presentaba la forma, que tiene todavía, de una figura sentada en la grave postura

de los dioses de Egipto, con el Abruzzo por silla, Módena y Lombardía sobre su cabeza, la Toscana sobre su pecho, la tierra de labor á sus piés, apoyada la espalda en el Adriático y teniendo el Mediterráneo hasta las rodillas. El soberano Pontífice era rico. Sembraba indulgencias y cosechaba ducados. Bastaba que estampase una firma para hacer que todo el mundo contribuyese. *Mientras tenga una pluma*, decía Sixto V, *tendré dinero*. Frase de Papa ó de gran escritor. En efecto, Sixto V, que era un Papa versado en las letras, artista é inteligente, no vacilando ante ningun gasto real, en cinco años reservó cuatro millones en el castillo de Saint-Angelo. Con las contribuciones de todos los fieles del universo, el Santo Padre levantaba un buen ejército, veinticinco mil hombres en la Marca y en la Romanía, veinticinco mil hombres en la Campiña y el Patrimonio; la mitad en las fronteras, la otra mitad dentro de Roma. En caso de necesidad engrosaba este armamento. Gregorio VII y Alejandro III tuvieron á raya á príncipes que disponían de las fuerzas del imperio, en tiempo de su mayor apogeo, unidas á las tropas de las Dos Sicilias. Un día el duque de Ferrara se permitió ir á coger sal á Comachio. *“El Santo Padre*, citamos aquí dos líneas de una carta de Mazarino, *con sus razones y un ejército que levantó, condujo al duque al arrepentimiento y se apoderó de su Estado.*” Hé aquí lo que eran los soldados del Papa. Esta milicia hacia respetar admirablemente el Estado romano. Añadid á esto la Umbría, gran fortaleza natural, donde Aníbal retrocedió, y por costas, tanto en el Norte como en el Mediodía, las riberas más combatidas por los vientos en toda la Italia. Ningun desembarque era posible. El Papa, en los dos mares, estaba guardado y defendido por la tempestad.

Colocado y asegurado de esta manera, cooperaba al grande y perpétuo combate contra el turco. Hoy el Santo Padre envía camafeos al pachá de Egipto y se pasea en el vapor *Mahmoudich*. Hecho inaudito y que deja ver bruscamente, cuando en él se reflexiona, el prodigioso cambio de las cosas; ¡el Papa sentado tranquilamente en esa invención de los hugonotes, bautizada con un nombre turco!—En aquel tiempo desempeñaba perfectamente el oficio de Papa, y enviaba sus galeras mitradas con una tiara á Lepanto. En cuanto las medias lunas y los turbantes surgían, no tenía

nada suyo, ni un soldado, ni un escudo; entonces á su vez contribuía. Así que, cuando venía la ocasión, el Papa devolvía á la cristiandad lo que los cristianos habían dado al Papa. En la Liga de 1542 contra los otomanos, Pablo III envió á Carlos V doce mil infantes y quinientos caballos.

A fines del siglo diez y seis, en 1588, una tempestad salvó á Inglaterra de España; á fines del siglo diez y siete, en 1683, Sobieski salvó á Alemania de la Turquía. Salvar Inglaterra era salvar Alemania, era salvar Europa. Podría decirse que en esta memorable coyuntura, Polonia hizo el oficio de Francia. Hasta entonces era siempre Francia la que se había encontrado con la barbarie, era siempre ante Francia como ella se había disuelto. En 496, viniendo del Norte, fué destrozada por Clodoveo; en 732, viniendo del Mediodía, fué destrozada por Carlos Martel.

Entre tanto, ni la invencible armada vencida por Dios, ni Kara-Mustafá batido por Sobieski, tranquilizaban plenamente á Europa. España y Turquía estaban siempre en pié, y el siglo diez y siete creía verlas agrandarse indefinidamente, cada vez más formidables, cada vez más amenazadoras, en un terrible y próximo porvenir. La política, esa ciencia conjetural como la medicina, no tenía entonces otra prevision. Solo le tranquilizaba algunos momentos pensar que los dos colosos pudiesen encontrarse en el mar Rojo y chocar en Asia.

Ese choque en la Arabia Feliz, tan lejano y tan eventual, no disminuía, á los ojos de los pensadores, los fatales peligros que se amontonaban sobre la civilización. En la época cuyo cuadro acabamos de bosquejar, la ansiedad había llegado á su colmo. Un escrito titulado *Las fuerzas del rey de España*, impreso en Paris en 1627, con privilegio del rey y con grabados de Isaac Gaspar, dice: “La ambición de este rey sería poseerlo todo. Sus flotas, que van y vienen, enfrenan á Inglaterra é impiden á los buques de los otros Estados navegar á su capricho.” En otro escrito, publicado por la misma época y que tiene por título *Discurso sumario del estado del turco*, leemos: “El—el turco—alarma con mucha razón á la cristiandad, conociendo que tiene tantos medios para levantar un gran ejército en el país que domina. Es preciso carecer completamente de juicio para estar sin aprensión ante la amenaza de tal diluvio.”